



# LOS ESCRITORES LEEN A SCHOPENHAUER



LUIS FERNANDO AFANADOR

1.

A los veintiséis años, en una biblioteca municipal del distrito VII de París, Michel Houellebecq descubre *Aforismos sobre la sabiduría de la vida*, de Arthur Schopenhauer. Aunque ya había leído a Baudelaire, Dostoievski, Lautréamont, Verlaine, los románticos, Pascal, Thomas Mann —*La montaña mágica*—, sintió que en unos minutos, “todo se tambaleó”. Después de dos semanas, salió a buscar *El mundo como voluntad y representación*. Lo encontró de segunda, en el Boulevard Saint-Michel:

En aquellos tiempos, el libro solo se encontraba de segunda mano (durante meses manifesté mi sorpresa en voz alta, y debí de compartirla con decenas de personas: estábamos en París, una de las principales capitales europeas, ¡y el libro más importante del mundo ni siquiera se había reeditado!).

2.

La conmoción espiritual pasó y diez años después, tuvo otra, Auguste Comte, el positivista, casi lo opuesto de Schopenhauer: “Me he vuelto positivista; al mismo tiempo, pues, he dejado de ser schopenhaueriano”. Sin embargo, hoy en día poco lee a Comte y nunca ha dejado de leer a Schopenhauer: “No hay ningún filósofo cuya lectura sea tan inmediatamente agradable y reconfortante como la de Arthur Schopenhauer”. Por eso, desde 2005, empezó a traducir-

lo y a comentarlo. Quizás el borrador de un ambicioso ensayo que nunca escribió y que se convirtió en el libro *En presencia de Schopenhauer*<sup>1</sup> una manera de celebrarlo y demostrar que sigue siendo un modelo intelectual “para cualquier filósofo venidero”; también, de agradecer “el hecho de que semejante hombre haya escrito” y decirle, al igual que Nietzsche, que su lectura “aumenta el gozo de vivir sobre la Tierra”.

3.

A los filósofos “verdaderos” les gusta agrupar a Schopenhauer con los novelistas y los psicólogos. No importa que tenga un sistema filosófico vasto y completo —“que no hallaremos en Thomas Mann, y menos aún en Freud” — que abarca la metafísica, la estética y la ética. O que su deslumbrante teoría de la voluntad sea una teoría del conocimiento: “El mundo es mi representación. Esa es la verdad que vale para cualquier ser viviente y pensante, aunque solo el hombre puede llevarla al estado de conciencia reflexiva abstracta”.<sup>2</sup>

4.

Schopenhauer, dice Houellebecq, contrario a lo que diría después Wittgenstein —“de lo que no se puede hablar es mejor callar” — hablará de lo que no se puede hablar: del amor, de la muerte, de la piedad, de la tragedia y del dolor. Incursionará en el universo de las pasiones humanas. Y sí, es justo que lo agrupen con los escritores:

Con valentía, y hasta hoy es el único filósofo que lo ha hecho, se adentrará en el terreno de los novelistas, músicos y escultores (que le manifestarán un re-

conocimiento duradero y se mostrarán reconfortados al contar a su lado con un compañero tan lúcido y sereno).

Porque el filósofo de la voluntad abrió una nueva perspectiva a la filosofía: la contemplación.

5.

“El mundo es mi representación. Esa es la verdad que vale para cualquier ser viviente y pensante, aunque solo el hombre puede llevarla al estado de conciencia reflexiva abstracta”.

Para Schopenhauer, el verdadero ser de las cosas es una voluntad irracional y ciega. Un idealismo trascendental, tomado de Kant, en el que “el fenómeno” y “la cosa en sí”, han sido reemplazadas por la voluntad y la representación, dos caras complementarias e inseparables de un mismo ser: el mundo. La ansiedad y la insatisfacción, el dolor y el sufrimiento predominan. Hay tres formas de escapar a esa negatividad, de interrumpir ese azaroso estado: mediante la compasión, el ascetismo y la contemplación estética, en la que la música juega un papel principal. Una contemplación apacible, libre de la razón y el deseo, de los objetos. Un concepto nuevo, que no tiene nada que ver con el clasicismo ni con el romanticismo:

Semejante concepción no pertenece realmente a la historia de la cultura occidental y puede verse en ella un primer indicio de que Schopenhauer se aproxima “al pensamiento más profundo”, que le conducirá, como decía Nietzsche, al “peligro de un nuevo budismo en Occidente”.

Para él, finalmente, situarse en una posición estética, será una operación tan sencilla como dar un paso al costado.

6.

En su extraordinaria biografía sobre Schopenhauer, Rüdiger Safranski<sup>3</sup> nos aclara en qué consiste su concepto de voluntad. No es espíritu, ni moralidad, ni razón histórica: “*Voluntad* es al mismo tiempo la fuente de la vida y el sustrato en el que anida toda desventura: la muerte, la corrupción de lo existente y el fondo de la lucha universal”. La actividad humana es pura nadería y toda la naturaleza es un esfuerzo sin tregua ni fin. A juicio de Houellebecq, su pensamiento evoca más al Eclesiastés, que a Baltasar Gracián y los moralistas franceses, con quienes los han comparado: “Todas las cosas andan en trabajo más que el hombre pueda decir”. El mundo es inaceptable, atroz, absurdo, pero las palabras con las que lo describe le parecen majestuosas “por su desolación y su horror”.

7.

Al abandonarse a la reflexión, el hombre se parece al actor que acaba de interpretar su escena y, mientras espera la siguiente, toma asiento entre los espectadores, desde donde contempla el desarrollo de la acción, aunque se trate de los preparativos de su muerte, antes de subir de nuevo al escenario para actuar y sufrir, como es su cometido.<sup>4</sup>

Un bello símil con el teatro, lo cual no es raro: para Houellebecq, las metáforas más impresionantes de Schopenhauer provienen del teatro. De hecho, la frase “el mundo como representación”, en un libro de filosofía, es una imagen afortunada. Y la tragedia le servirá para explicar su idea del mal. Hay una maldad en la cual una persona es su artífice, como Ricardo III, Yago (Otelo), Shylock (El mercader de Venecia), Fedra (Eurípides); hay otra, que se origina en un destino ciego, es decir, por el azar o el error, como Edipo, Romeo y Julieta y Tancredo, de Voltaire. Finalmente,

“La humanidad ha aprendido cosas de mí que nunca olvidará”. Sin embargo, lo olvidaron, los filósofos, salvo contadas excepciones, olvidaron sus enseñanzas. Son los escritores, como se ha dicho, quienes lo han mantenido vigente.

una tercera que se origina entre “caracteres familiares” por el mero hecho de interactuar los unos con los otros. Schopenhauer nos quedó debiendo el ejemplo y Houellebecq la llama la tragedia de la banalidad, que estaría por escribirse.

8.

Además de ofrecer una representación del mundo compatible con la ciencia, accesible a la intuición y satisfactoria a la razón, la filosofía —cree Houellebecq— también debe alcanzar la “sabiduría” en sentido práctico. En el caso de Schopenhauer lo primero hace imposible lo segundo: si el mundo es lamentable, si toda vida es sufrimiento y la humana lo es aún más, las consecuencias prácticas de su filosofía resultan “extremadamente pobres”. Lo paradójico es que escribió una obra titulada *Aforismos sobre la sabiduría de la vida*. “¿Por qué se lanzó entonces a semejante empeño? Es difícil decirlo, pero lo cierto es que lamentaríamos la ausencia de ese libro, que es a buen seguro el más brillante, el más accesible y el más divertido de los que escribió”. El humor, la escritura —como siempre— y ¡el sentido común! le aportan aquello de lo cual adolece su filosofía:

“Quien ríe mucho es feliz, quien llora mucho es desdichado”, una observación muy ingenua pero que debido a su sencilla verdad no he podido olvidar, por más de que se trate de un

truismo superlativo. Por eso hay que abrir las puertas de par en par a la alegría siempre que se presente.<sup>5</sup>

No obstante, su practicismo, “el mensaje radical” de ese libro sigue siendo el budismo, “pero se trata de un budismo templado, humanizado, adaptado a nuestra cultura, a nuestro temperamento ávido e impaciente, a nuestra débil disposición a la renuncia”.

9.

Antes de morir, cuando al fin había obtenido reconocimiento, Schopenhauer alcanzó a vaticinar su importancia como pensador: “La humanidad ha aprendido cosas de mí que nunca olvidará”. Sin embargo, lo olvidaron, los filósofos, salvo contadas excepciones, olvidaron sus enseñanzas. Son los escritores, como se ha dicho, quienes lo han mantenido vigente. La lista, a la cual se suma modestamente Houellebecq, es larga y distinguida: Hugo von Hoffmansthal, Stephane Mallarmé, Guy de Maupassant, Charles Baudelaire, Emile Zola, Jules Laforgue, Iván Turgueniev, Marcel Proust, León Tolstoi (“el más grande pensador del mundo”, dijo sobre él), Robert Musil, Franz Kafka, Ernst Jünger, Azorín, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Albert Camus, Jean Paul Sartre y Thomas Bernhard, quien dijo sobre *El mundo como voluntad y representación*: “En ningún otro libro he encontrado nunca un lenguaje más claro y una inteligencia igualmente tan clara”.

10.

Párrafo aparte merece Jorge Luis Borges porque no solo lo leyó con admiración: incorporó las ideas de Schopenhauer a su creación. Y como toda lectura de Borges, fue arbitraria, selectiva: desechó el tema del pesimismo y acogió sus ideas acerca de la supremacía de la voluntad sobre la razón, la representación del mundo como una ilusión, la historia como ficción,<sup>6</sup> la circularidad del tiempo —que inspira sus mejores cuentos— y esta paradoja que debió fascinarlo: la mi-

tad objetiva del presente y de la realidad está en manos del destino, por lo tanto es cambiante; la mitad subjetiva somos nosotros mismos, por lo tanto, en esencia es inmutable. Por él aprendió alemán y los agradecimientos y los homenajes aparecen a lo largo de su obra. En *Otro poema de los dones*, dice: “Gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y de las causas /... Por Schopenhauer, / que acaso descifró el universo...”<sup>7</sup> Era para Borges el máximo filósofo, y si lo apuraban, el único, el que resolvió el enigma del universo en palabras. O casi: el enigma del universo no puede reducirse a palabras. ■

#### Referencias

- Houellebecq, M. (2018). *En presencia de Schopenhauer*, Anagama.
- <sup>2</sup> Schopenhauer, A. (1819). *El mundo como voluntad y representación*, en obra citada, p.27
- <sup>3</sup> Safranski, R. (2008). *Schopenhauer y los años salvaje de la filosofía*, Tusquets.
- <sup>4</sup> Schopenhauer, A. (1819). *El mundo como voluntad y representación*, en obra citada, p.62
- <sup>5</sup> Schopenhauer, A. *Aforismos sobre la sabiduría de la vida*, en obra citada, p.79
- <sup>6</sup> Dos historiadores, a partir del hallazgo de unas cartas reveladoras de Bolívar, discuten sobre el encuentro misterioso que éste tuvo con San Martín en Guayaquil: “-Ah, Schopenhauer, que siempre descreyó de la historia”, Jorge Luis Borges, Guayaquil, *El informe de Brodie*, Obras Completas, Emecé, 2010
- <sup>7</sup> Otro poema de los dones, *ibid.*, p.488



#### Luis Fernando Afanador

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.